

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro son menos acreedores á las miradas de la posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de Méjico.

### III.

#### FRAY DOMINGO DE BETANZOS.

Nació este varon insigne en Leon de España, no se sabe á punto fijo el año ni el dia. Desde sus primeros pasos en la vida dió claras muestras de lo que alcanzaria en la edad proveyta, siendo por esta causa la delicia y la admiracion de sus padres, que figuraban entre las mas ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposicion para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose despues á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio mas fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecia su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el jóven Pedro de Arconada, *mozo de buen ingenio y buena vida*, como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivian juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos así por el empeño que ponian en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.



Litog. de Iriarte y C<sup>o</sup>

abro.

R.P. F. DOMINGO DE VETANZOS.

No pocas veces se entregaban en su misma casa á tan laudable ocupacion, llamando á dos pobres de los mas menesterosos de la ciudad, á quienes aplicaban algunas medicinas si estaban enfermos, y si no, los socorrian con dinero, ó los sentaban á su propia mesa sirviéndoles como criados la comida. Tambien los hacian dormir en sus camas, acostándose ellos en el suelo. ¿Se ven ejemplos de esta clase en nuestros dias?

Entre tanto, la fama de sus virtudes se propagaba por toda la ciudad. Captábanse el aura popular sin pretenderlo; llegaron alguna vez á sus oidos las alabanzas de que eran dignos por sus merecimientos; mas esta popularidad que otros hubieran comprado aun á costa de los mayores sacrificios, la conceptuaron ellos un gravísimo peligro, y determinaron no hacerle frente, sino huirle, apartándose del mundo.

Pasados algunos dias vemos á Pedro tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de San Estéban de Salamanca, y á nuestro jóven emprender el camino de Roma con ánimo de solicitar del Padre Santo la autorizacion competente para poder entregarse á la vida de ermitaño.

Obtiene un buleto que favorecia este intento, y para realizarle se dirige á Nápoles, y de allí, en la barca de un pescador, á la isla de Ponza, donde pasa cinco años encerrado en una gruta incómoda y entregado á las asperezas de la mas ruda penitencia. Respetemos esta determinacion, hija de una alma nutrida con la lectura de las vidas de los anacoretas: no le apliquemos el metro inexorable con que averiguamos la distancia que recorre la locomotora en nuestros ferro-carriles, y el pensamiento en el alambre del telégrafo. A cada edad sus elementos propios, su labor correspondiente en la grandiosa obra del progreso universal. Tocó á la nuestra admirar la trinidad magnífica del desarrollo moral, intelectual y material; pero no desconozcamos la parte de influencia que han tenido las anteriores en los adelantos de la humanidad. Si hoy graduamos de inútil y ociosa la vida del retiro, hubo tiempo en que la moral y la ciencia se albergaron en su seno, y en él se mantuvieron vivos los fuegos del astro que mas tarde amaneció esplendente en medio de las tinieblas de la barbarie.

Pero el jóven ermitaño se habia equivocado en su eleccion de vida. La Providencia le destinaba á recorrer una senda mas difícil y gloriosa. El siglo XV habia contemplado con asombro,

poco antes de espirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colon. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas mas osadas; este período que vió nacer y realizarse las mas locas esperanzas y los proyectos al parecer mas absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano, atlántide que renacia de entre las olas, paraíso reconquistado que volvía á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podía permanecer indiferente en medio de esta animacion portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentía un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditacion. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se trasladaba á un mundo lejano donde aires mas puros le adormecian suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El jóven habia perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subía al punto mas elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecia atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecia que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Estéban, donde Arconada le recibe con aquella exaltacion de júbilo y ternura que solo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

## IV.

## CONTINUACION.

Es imposible dejar de admirar mas y mas cada dia los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el teson con que los primeros misioneros se oponian al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto, queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaria que imbuidos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilizacion, todos tendrian iguales miras y se enderezarian á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos; cuando el primero creia ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebosaba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecian de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno veia en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia mas pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como séres explotables: aquel los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes que hacen la vida menos desgraciada, y este los reducía á esclavitud y los obligaba á trabajar como bestias, para centuplicar los productos de sus heredades.